

Jacques Lacan

**Seminario 8
1960-1961**

**LA TRANSFERENCIA
EN SU DISPARIDAD SUBJETIVA,
SU PRETENDIDA SITUACIÓN,
SUS EXCURSIONES TÉCNICAS**

23

**DESLIZAMIENTOS DE SENTIDO
DEL IDEAL¹
Sesión del 31 de Mayo de 1961**

*Efectos de la masa analítica.
La acción, respuesta al inconsciente.
No hay metalenguaje.
Amor y culpabilidad.
Extroyección.*

¹ Para las abreviaturas en uso en las notas, así como para los criterios que rigieron la confección de la presente versión, consultar nuestro prefacio: *Sobre esta traducción.*

¿Cómo situar lo que debe ser el lugar del analista en la transferencia? — en el doble sentido en que les dije la última vez que hay que situar este lugar — ¿dónde el analizado sitúa al analista? — ¿dónde debe estar el analista para responderle convenientemente?

Esta relación — que a menudo se la llama una situación, como si la situación inicial fuera constitutiva — esta relación, o esta situación, sólo puede entablarse sobre el malentendido. No hay coincidencia entre lo que es el analista para el analizado en el punto de partida del análisis, y lo que el análisis de la transferencia nos permitirá develar en cuanto a lo que está implicado, no inmediatamente, sino implicado verdaderamente, por el hecho de que un sujeto se comprometa en esta aventura, que no conoce, del análisis.

En lo que articulé la última vez, ustedes pudieron escuchar que es la dimensión de lo *verdaderamente* implicado por la apertura, la posibilidad, la riqueza, todo el desarrollo futuro del análisis, la que plantea una pregunta del lado del analista. ¿No es al menos probable, no es sensible que él deba ponerse ya en el nivel de ese *verdaderamente*, estar verdaderamente en el lugar adonde deberá llegar al término del análisis, que es justamente el análisis de la transferencia?

1

Planteo entonces la cuestión — ¿puede el analista ser indiferente a lo que es su posición verdadera?

Aclaremos las cosas un poco más, puesto que esto puede parecerles que casi no hace cuestión — la ciencia del analista, dirán ustedes, ¿no suple eso? Sin embargo, el hecho de que el analista sepa algo de las vías y de los caminos del análisis no basta, lo quiera él o no, para ponerlo en ese lugar, de cualquier manera que se lo formule. Las di-

vergencias en cuanto a la función técnica del analista, una vez que ha sido teorizada, bien lo ponen de manifiesto.

El analista no es el único analista. Forma parte de un grupo, de una masa, en el sentido propio que tiene este término en el artículo de Freud, **Ich-Analyse und Massenpsychologie**.²

No es por pura casualidad que el tema sea abordado por Freud en el momento en que hay ya una sociedad de los analistas. Es en función de lo que sucede en el nivel de la relación del analista con su propia función, que son articulados muchos de los problemas de los que se ocupa la segunda tópica freudiana. Esa es una fase que, por no ser evidente, no merece menos que sea considerada muy especialmente por nosotros, los analistas. En varias oportunidades hice referencia a esto, en mis escritos. Cualquiera que sea el grado de necesidad interna que demos a la emergencia de la segunda tópica, no podemos, en todo caso, desconocer su momento histórico. Esto está atestiguado — no hay más que abrir el Jones en la página correcta para darse cuenta de que en el momento mismo en que Freud ponía al día esta temática, ésta figura especialmente en **Ich-Analyse und Massenpsychologie**³, él pensaba entonces en la organización de la sociedad analítica.

Recién aludí a mis escritos. Puntalicé en ellos, quizá de una manera más aguda que como lo estoy haciendo por el momento, todo lo que esta problemática animó de dramático para él, especialmente lo que resulta bastante claramente de ciertos pasajes citados por Jones, la concepción romántica de una suerte de *Komintern*, de un comité secreto funcionando como tal en el interior del análisis. Freud se abandonó netamente a este pensamiento en alguna de sus cartas,⁴ y, de he-

² [*Massenpsychologie und Ich-Analyse*] — Nota de DTSE: “Lacan mismo invierte el título, e incluso comenta esta inversión en lo que sigue”. — Para el texto de referencia, cuyo título original es efectivamente *Massenpsychologie und Ich-Analyse*, véase: Sigmund FREUD, *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), en *Obras Completas*, Volumen 18, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979.

³ [*Massenpsychologie und Ich-Analyse*] — *idem* nota anterior.

⁴ Nota de ELP: “Se encuentra esta referencia en los *Écrits*, «Situation de la psychanalyse en 1956», p. 473, nota 3. Se trata de una carta de Freud a Eitingon del 23 de noviembre de 1919”. — *cf.* Jacques LACAN, «Situación del psicoanálisis y

cho, fue precisamente así que consideraba el funcionamiento del grupo de los siete en el que verdaderamente tenía confianza.

A partir de que hay una multitud, o una masa organizada, de los que están en la función de analista, todos los problemas que Freud levanta en este artículo se plantean efectivamente. Estos no son, como lo aclaré en su momento, más que los problemas de organización de la masa en su relación con la existencia de cierto discurso.

Habría que retomar ese artículo aplicándolo a la evolución de la teoría que los analistas promovieron de la función analítica, para ver qué necesidad, qué gravitación *atrae*⁵, hace converger — esto es casi inmediatamente, intuitivamente, sensible, comprensible — la función del analista hacia la imagen que puede hacerse de ella. Esta imagen se sitúa muy precisamente en el punto que Freud nos enseña a despejar, cuya función él lleva a su término en el momento de la segunda tópica, y que es el del *Ich-Ideal* — traducción, *ideal del yo*.

Ambigüedad de estos términos. Por ejemplo, en un artículo para nosotros muy importante al que me voy a referir inmediatamente, *Transferencia y Amor*,⁶ que fue leído en la Sociedad Psicoanalítica de Viena en 1933, que fue publicado en *Imago* en 1934, que es más fácil de conseguir en el *Psychoanalytic Quarterly* de 1949, donde fue traducido al inglés con el título de *Transference and Love*, *Ich-Ideal* es

formación del psicoanalista en 1956», en *Escritos I*, SigloVeintiuno Editores, Buenos Aires, 1985, página 455, nota 16. Las dos citas de esta nota de los *Escritos*, en verdad, remiten a dos cartas, y no a una, como escribe Lacan en la misma; la primera, proviene de una carta de Freud a Eitingon del 22 de octubre de 1919, y decía: “El secreto de este Comité es que me ha sacado de encima el peso enorme de la preocupación por el futuro, de modo que yo ya puedo proseguir con tranquilidad mi camino hasta el fin”; la segunda, y ésta sí proviene de la carta del 23 de noviembre de 1919, y más recortada en los *Escritos*, decía: “Desde entonces me he sentido más aliviado y despreocupado acerca de cuánto podría prolongarse aún mi propia vida” — cf. Ernest JONES, *Vida y Obra de Sigmund Freud*, tomo II, Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1976, página 168.

⁵ {attire} — [activa {active}] — Nota de DTSE: “«atrae», presente en las notas de oyentes, está más en el sentido del texto”. — JAM/2 corrige: [atrae]

⁶ Nota de ELP: “Ludwig Jekels y Edmund Bergler, «Übertragung und Liebe», *Imago*, 1934, XX, n° 1”. — Versión castellana en Ficha N° 4 de la E.F.B.A., serie “Referencias”.

traducido al inglés por *Ego ideal*. *Este juego del lugar, en las lenguas, de lo determinante por relación a lo determinado, del orden, para decirlo de una vez, de la determinación,*⁷ tiene un papel que no es casual.

Alguien que no sepa alemán podría creer que *Ich-Ideal* quiere decir *yo ideal*. Yo he hecho notar que en el artículo inaugural para hablar del *Ich-Ideal, Zur Einführung des Narzissmus*,⁸ está cada tanto *ideal Ich*. Y Dios sabe si es para nosotros un objeto de debate — que diciendo, yo mismo, que no se podría, ni siquiera un instante, descuidar bajo la pluma de Freud, tan precisa en lo que concierne al significante, una *variación*⁹ así — otros dicen que es imposible, al examen del contexto, que uno se detenga en ello de ninguna manera.¹⁰

Una cosa sin embargo es segura, es que incluso los que están en esta segunda posición serán los primeros, como lo verán en el próximo número que va a aparecer de *La Psychanalyse*, en distinguir sobre el plano psicológico el ideal del yo y el yo ideal. He nombrado a mi amigo Lagache. En su artículo sobre *La Estructura de la personalidad*, hace una distinción de la cual puedo decir, sin disminuirla para nada por eso, que es descriptiva, extremadamente fina, elegante y clara.¹¹ En el fenómeno, eso no tiene absolutamente la misma función.

En una respuesta que he elaborado muy expresamente para ese número en lo que concierne a la temática que nos da, simplemente hice algunas observaciones,¹² la primera de las cuales es que se podría

⁷ [Este juego en el orden de la determinación]

⁸ Sigmund FREUD, «Introducción del narcisismo» (1914), en *Obras Completas*, Volumen 14, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979.

⁹ [articulación] — JAM/2 corrige: [variación]

¹⁰ cf. Jacques LACAN, Seminario 1, *Los escritos técnicos de Freud* (1953-1954), sesiones del 24 y del 31 de marzo de 1954

¹¹ Daniel LAGACHE, «El psicoanálisis y la estructura de la personalidad». De este artículo, publicado originalmente en *La Psychanalyse*, vol. 6, Paris, PUF, 1961, hay versión castellana en *Referencias en la obra de Lacan*, 5, Fundación del Campo Freudiano en Argentina, Buenos Aires, 1992.

objetarle que, al proponerse dar una formulación que esté, como él se expresa, a distancia de la experiencia, abandona él mismo el método que nos había anunciado que se proponía seguir en materia metapsicológica, en materia de elaboración de la estructura. En efecto, la diferencia clínica y descriptiva entre los dos términos, ideal del yo y yo ideal, no está suficientemente en el registro del método que él mismo se propuso. Pronto verán ustedes todo esto en su lugar.

Quizá hoy voy a anticipar desde ahora sobre la manera metapsicológica totalmente concreta por la que podemos precisar la función del uno y del otro en el interior de la gran temática económica introducida por Freud alrededor de la noción del narcisismo. No he llegado todavía a eso, pero les designo simplemente el término de *Ich-Ideal*, o ideal del yo, en tanto incluso que acaba de ser traducido en inglés por *Ego-ideal*. En inglés, los lugares respectivos del determinativo y del determinante son mucho más ambiguos en un grupo de dos términos, y en este *Ego ideal* encontramos ya la huella semántica de la evolución, o del deslizamiento, de la función dada a este término cuando se lo quiso emplear para marcar en qué se convertía el analista para el analizado.

Se ha dicho, y muy tempranamente — el analista toma para el analizado el lugar de su ideal del yo. Es cierto y es falso. Es cierto en el sentido de que eso sucede. Eso sucede fácilmente. Incluso diré más, y les daré en seguida un ejemplo de esto — es común que un sujeto instale allí unas posiciones a la vez fuertes y confortables que son precisamente de la naturaleza de lo que llamamos resistencia. *Esto es quizá incluso más verdadero todavía de una posición ocasional y aparente, del enganche de ciertos análisis.*¹³

Esto no quiere decir, de ningún modo, que esto agote la cuestión, ni que el analista pueda, de ninguna manera, satisfacerse con eso *— entiendo satisfacerse en el interior del análisis del sujeto*¹⁴ — en

¹² Jacques LACAN, «Observación sobre el informe de Daniel Lagache “Psicoanálisis y estructura de la personalidad», en *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1985. El texto original apareció en el mismo volumen de *La psychanalyse*.

¹³ [Lejos de que se trate solamente de una posición aparente u ocasional, esto es quizá incluso más verdadero todavía del enganche de ciertos análisis.]

otros términos, que pueda llevar el análisis hasta su término sin desalojar al sujeto de la posición que toma éste en tanto que da al analista la posición de ideal del yo. Y por lo tanto, esto plantea incluso la cuestión de lo que esta verdad se revela que debe ser en el devenir. A saber, si, finalmente, después del análisis de la transferencia, el analista no debe [...] ¹⁵ lo que no está solamente en juego. Es esto lo que nunca ha sido dicho. ¹⁶ Pues, al fin de cuentas, el artículo del que les hablaba recién, no reviste, en el momento en que aparece, un carácter de investigación — 1933, por relación a los años veinte, en que se toma el punto de viraje de la técnica analítica, como se expresa todo el mundo, de todos modos tuvieron tiempo para reflexionar y ver claro al respecto.

No puedo recorrer con ustedes este artículo en todos sus detalles, pero les ruego que se remitan a él, y hablaremos de él nuevamente. No vamos a detenernos en él, tanto más cuanto que lo que yo quiero decirles se refiere al texto inglés. Es por esto que es el que tengo aquí conmigo, aún cuando el texto alemán es más vivo, pero no hemos llegado a las aristas del original, estamos en el deslizamiento semántico que expresa *lo que se produjo en efecto a nivel de una crítica interna al analista en tanto que es el analista, él solito, y amo a bordo, y puesto en frente de su acción, a saber, para él se trata* ¹⁷ de la profundización, el exorcismo, la extracción de sí mismo, indispensable para que tenga una justa percepción de su relación, la suya, propia, con la función del ideal del yo, en tanto que, para él, como analista, y por consiguiente de una manera particularmente necesaria, esta función está sostenida en el interior de lo que he llamado la masa analítica. Si no lo hace, lo que se produce es lo que efectivamente se ha producido,

¹⁴ Nota de DTSE: “Omitido en la versión Seuil”.

¹⁵ La palabra falta no sólo en JAM, también en la estenografía,

¹⁶ ELP señala este pasaje como particularmente dudoso y lacunar, y propone en su lugar, como construido a partir de notas, el siguiente: **A saber, finalmente y después del análisis de la transferencia, ¿dónde debe estar el analista? En otra parte, ¿pero dónde? Es esto lo que nunca ha sido dicho.**

¹⁷ [lo que se produjo en efecto en la crítica interna al análisis.

El analista, en tanto que es el analista, él solito, y amo a bordo, es puesto frente a frente a su acción. Se trata, para él,]

a saber, un deslizamiento de sentido, que de ninguna manera puede ser concebido a este nivel como a medias exterior al sujeto y, para decirlo de una vez, como un error. Este deslizamiento, al contrario, lo implica profundamente, subjetivamente.

En 1933, se hace pivotear enteramente un artículo sobre *Transferencia y Amor*, alrededor de la temática del ideal del yo. Veinte o veinticinco años más tarde, algunos artículos dicen claramente, sin ningún tipo de ambigüedad, de una manera teorizada, que las relaciones del analizado y del analista reposan sobre el hecho de que el analista tiene un yo que se puede llamar ideal.

[¿En que sentido se puede decir que el yo del analista es un yo ideal?]¹⁸ En un sentido muy diferente tanto del del ideal del yo, como del sentido concreto del yo ideal, al cual aludía hace un momento. Voy a ilustrárselos — es un yo ideal, si puedo decir, realizado, un yo ideal en el sentido en que se dice que un automóvil es un automóvil ideal. No es un ideal de automóvil, ni el sueño del automóvil cuando está solito en el garaje, es un verdaderamente bueno y sólido automóvil.

Tal es el sentido que termina por tomar el término. Si no fuera más que eso, una cosa literaria, cierta manera de decir que el analista debe intervenir como alguien que sabe de eso un poco más que el analizado, esto no sería más que del orden de la chatura, y quizá no tendría tanto alcance. Pero es que el deslizamiento mismo del sentido de esa pareja de significantes, yo e ideal, traduce algo completamente diferente, una verdadera implicación subjetiva del analista.

No tenemos que extrañarnos de un efecto de este orden. No es más que un taponamiento. No es más que *el último término de algo*¹⁹ cuyo resorte es mucho más esencial que el punto simplemente

¹⁸ Nota de DTSE: “Frase inventada”.

¹⁹ [el primer término de una aventura] — La versión ELP, no obstante, contiene el término “aventura”, que pierde DTSE al corregir a JAM/1: **No es más que el último término de algo cuyo resorte es mucho más constitutivo de esta aventura que simplemente ese punto local...** — JAM/2 corrige: [el último término de una aventura]

local, casi caricaturesco, donde lo enganchamos todo el tiempo, como si no estuviéramos aquí más que para eso.

¿De dónde proviene todo esto? Del viraje de 1920. ¿Alrededor de qué gira el viraje de 1920? Alrededor del hecho de que — ellos lo dicen, la gente de la época, los héroes de la primera generación analítica — la interpretación, eso ya no funciona como funcionaba. Ya no hay ambiente para que esto funcione, para que tenga éxito. ¿Y por qué? Eso no sorprendió a Freud. El lo había dicho desde hacía mucho tiempo. Podemos puntualizar aquel de sus textos donde lo dice, muy tempranamente, en los *Essais techniques* — aprovechemos la apertura del inconsciente, porque, muy pronto, éste habrá encontrado otro truco. ¿Qué quiere decir esto para nosotros, quienes podemos, de esta experiencia hecha, y nosotros mismos deslizando con ella, encontrar de todos modos los puntos de referencia?

Digo que es esto — el efecto de un discurso, hablo del de la primera generación, que, apoyándose sobre el efecto de un discurso, a saber, el inconsciente, no sabe que es de eso que se trata — aunque fuese ahí, y desde la *Traumdeutung*, donde les enseñó a reconocerlo y a deletrearlo, pues constantemente, bajo el término de mecanismos del inconsciente, no se trata más que del efecto del discurso. Es precisamente esto — *el efecto de un discurso que, apoyándose sobre el efecto de un discurso, no lo sabe*²⁰, y que desemboca necesariamente en una nueva cristalización de este efecto de inconsciente que opacifica a este discurso.

¿Qué quiere decir *nueva cristalización*? Los efectos que constatamos — ya no produce el mismo efecto en los pacientes que les demos ciertas perspectivas o ciertas claves, que manejemos ante ellos ciertos significantes.

Pero, obsérvenlo bien, las estructuras subjetivas que corresponden a esta nueva cristalización, no tienen necesidad de ser nuevas. Hablo de esos registros o grados de alienación, si puedo decir, que podemos especificar en el sujeto, y calificar por ejemplo bajo los términos

²⁰ [el efecto de un discurso que se apoya sobre el efecto de un discurso, que no lo sabe] — Nota de DTSE: “No era muy difícil que digamos, levantar el equívoco sobre la segunda proposición relativa”.

de yo {*moi*}, de superyó, de ideal del yo. Son como ondas estables. Pase lo que pase, estos efectos hacen retroceder al sujeto, lo inmunizan, lo mitridatizan por relación a cierto discurso.²¹ Impiden llevar al sujeto ahí donde queremos llevarlo, a saber, a su deseo. Esto no cambia nada en los puntos nodales, donde él, como sujeto, va a reconocerse y a instalarse.

Esto es lo que Freud constata en ese viraje. Si Freud trata de definir cuáles son *esos puntos estables, esas zonas fijas*²² en la constitución subjetiva, es porque esto es lo que le parece, muy notablemente para él, como unas constantes. Pero no es para consagrarlas que se ocupa de ellas y que las articula — es con el pensamiento de levantarlas como obstáculos. Pero cuando él habla del *Ich* y lo pone en primer plano, no es para instaurar la pretendida función sintética del yo como una especie de inercia irreductible. Es sin embargo así que eso fue interpretado a continuación.

Tenemos que reconsiderar todo esto como los *acting out* de la auto-institución del sujeto en su relación con el significante, por una parte, y con la realidad, por otra parte. Es así que abriremos un nuevo capítulo de la acción analítica.

2

De lo que yo intento hacer aquí, se podría decir, con todas las reservas que esto implica, que es un esfuerzo de análisis en el sentido propio del término, que concierne a la comunidad analítica en tanto que masa organizada por el ideal del yo analítico, tal como se ha desarrollado efectivamente bajo la forma de cierto número de espejismos,

²¹ *le mithridatisent* {lo mitridatizan}, por alusión a aquel rey Mitrídates que seguía ese procedimiento, remite a inmunizarse a un veneno por medio de acostumbrarse progresivamente al mismo.

²² [las necesidades estables y las zonas fijas] — Nota de DTSE: “La supresión del deíctico fuerza al artículo definido y al «y» que distinguen entonces dos entidades ahí donde Lacan, quizá, empleaba dos expresiones próximas para no designar más que una cosa (*cf. supra* las «ondas estables»)”.

en el primer plano de los cuales está el del yo fuerte, tan a menudo implicado erróneamente ahí donde se cree reconocerlo. Para invertir la pareja de los términos que constituyen el título del artículo de Freud al que me refería recién, una de las caras de mi seminario podría llamarse *Ich-Psychologie und Massenanalyse*.

En efecto, la *Ich-Psychologie*, que ha sido promovida al primer plano de la teoría analítica, hace tapón, hace barrera, hace inercia desde hace más de una década, a todo recomienzo de la eficacia analítica. Y es en la medida en que las cosas han llegado a eso, que conviene interpelar como tal a la comunidad analítica, permitiendo a cada uno echar allí una mirada, sobre lo que viene a alterar la pureza de la posición analítica respecto de aquel cuyo garante es, su analizado, en tanto que él mismo, el analista, se inscribe y se determina por los efectos que resultan de la masa analítica, quiero decir de la masa de los analistas, en el estado actual de su constitución y de su discurso.

No se equivocarían en nada si presentan así lo que estoy diciéndoles.

Esto no es del orden de un accidente histórico, estando colocado el acento sobre accidente. Estamos en presencia de una dificultad, de un callejón sin salida, que concierne a lo que ustedes me han escuchado recién poner en el extremo de lo que yo expresaba, a saber, la acción analítica.

Si hay un lugar donde el término de acción, desde hace algún tiempo cuestionado por los filósofos de nuestra época moderna, puede ser reinterrogado de una manera quizá decisiva, éste es, por paradójica que parezca esta afirmación, a nivel de aquel de quien se puede creer que más se abstiene al respecto, a saber, el analista.

Muchas veces estos últimos años, en mi seminario, puse el acento sobre el relieve original que nuestra experiencia muy particular de la acción como *acting out* en el tratamiento debe permitirnos introducir en toda reflexión temática sobre la acción. Acuérdense de lo que he podido decirles del obsesivo y de su estilo de proezas, incluso de hazañas — lo volverán a encontrar en el escrito en el que di a mi informe de Royaumont su forma definitiva.²³

Si hay algo que el analista puede levantarse para decir, es que la acción como tal, la acción humana, si ustedes quieren, está siempre implicada en *la tentativa,* la tentación de responder al inconsciente. Y yo propongo a quienquiera que se ocupe, al título que sea, de lo que merece el nombre de acción, al historiador especialmente, en tanto que no renuncie a esto, con lo que muchas formulaciones hacen vacilar nuestro espíritu, a saber, el sentido de la historia — le propongo que retome, en función de la articulación que yo doy, la cuestión de lo que de todos modos no podemos eliminar del texto de esta historia, a saber, que su sentido no nos entraña pura y simplemente como el famoso perro reventado, sino que allí transcurren acciones.

La acción con la que nos las vemos, es la acción analítica. Y en cuanto a ella, de todos modos no es discutible que es tentativa de responder al inconsciente.

Y tampoco es discutible que, cuando decimos de algo que sucede en el sujeto en análisis, *esto es un acting out* — como nos ha habituado a ello nuestra experiencia, algo que hace un analista — sabemos lo que decimos, incluso si no sabemos decirlo muy bien.

¿Cuál es la fórmula más general que podamos dar al respecto? Es importante dar la fórmula más general, porque si damos aquí fórmulas particulares, el sentido de las cosas se oscurece. Si se dice, por ejemplo, *es una recaída del sujeto*, o si se dice *es un efecto de nuestras boludeces*, uno se vela lo que está en juego. Desde luego, puede ser eso, evidentemente, pero son casos particulares de la definición que les propongo en lo que concierne al *acting out*. Puesto que la acción analítica es tentativa, tentación también, a su manera, de responder al inconsciente, el *acting out* es ese tipo de acción por la cual, en tal momento del tratamiento — sin duda en tanto que es especialmente solicitado, esto es quizá por nuestra tontería, puede serlo por la suya,

²³ Lacan elaboró, en verdad, dos informes para el Coloquio internacional de Royaumont, reunido del 10 al 13 de julio de 1958 por invitación de la Société Française de Psychanalyse, ambos publicados en el volumen 6 de *La Psychanalyse*, en 1961. Si el primero fue «La dirección de la cura y los principios de su poder», sólo del segundo, «Observación sobre el informe de Daniel Lagache: “Psicoanálisis y estructura de la personalidad”», conocemos una “redacción definitiva”, en pascuas de 1960. Ambos escritos se encuentran en los *Escritos 2*.

pero esto es secundario, qué importa — el sujeto exige una respuesta más justa.

Toda acción, *acting out* o no, acción analítica o no, tiene relación, tiene cierta relación, con la opacidad de lo reprimido. Y la acción más original, con lo reprimido más original, con lo *Urverdrängt*.

La noción de lo *Urverdrängt*, que está en Freud, puede aparecer en él como opaca, y es por eso que trato de darles a ustedes un sentido al respecto. Se trata de lo mismo que la vez pasada traté de articular para ustedes al decirles que no podemos hacer más que comprometernos nosotros mismos en la *Versagung* más original. Y es lo mismo que se expresa en el plano teórico en la fórmula de que, a pesar de todas las apariencias, no hay metalenguaje.

Puede haber un metalenguaje en el pizarrón, cuando escribo pequeños signos, *a, b, x, kappa*. Eso camina, eso anda y eso funciona, son las matemáticas. ¿Pero en lo que concierne a lo que se llama la palabra *{parole}*, a saber, que un sujeto se compromete en el lenguaje? Podemos hablar de la palabra, sin duda, y ustedes ven que estoy haciéndolo, pero, haciendo esto, están comprometidos todos los efectos de la palabra, y es por eso que se les dice que en el nivel de la palabra, no hay metalenguaje. O, si ustedes quieren, que no hay metadiscurso. O, para concluir, no hay acción que trascienda definitivamente los efectos de lo reprimido. Quizá, si hay una en último término, es a lo sumo aquella en la que el sujeto como tal se disuelve, se eclipsa, y desaparece. Es una acción a propósito de la cual no hay nada decible. Es, si ustedes quieren, el horizonte de esta acción lo que da su estructura al fantasma.

[Es por esta razón que mi pequeña notación de su estructura ($\S \diamond a$) es algebraica, y que sólo puede escribirse con la tiza en el pizarrón. Hay para nosotros una necesidad esencial de no olvidar este lugar indecible, en tanto que el sujeto se disuelve él, y que sólo la notación algebraica puede preservar.]²⁴

²⁴ **Y mi pequeña notación, es por eso que es algebraica, que sólo puede escribirse con la tiza en el pizarrón, que la notación del fantasma es $\S \diamond a$, que puede leerse deseo de *a* minúscula, el objeto del deseo. Ustedes verán que todo esto nos llevará quizá, de todos modos, a percibir de una manera más precisa la necesidad

Hay en el artículo *Transferencia y Amor*, de los nombrados Jekels y Bergler, dado en 1933 cuando todavía estaban en la *Sociedad de Viena*, una brillante intuición clínica que le da, como es habitual, su peso y su valor. Ese relieve y ese tono hacen de él un artículo de la primera generación, y todavía ahora, lo que nos gusta en un artículo, es cuando trae algo así. Esta intuición, es que hay una relación, una relación estrecha, entre el amor y la culpabilidad.

Contrariamente a la pastoral donde el amor se baña en la beatitud, nos dicen, observen un poco lo que ustedes ven, esto no es simplemente que el amor es a menudo culpable, es que se ama para escapar a la culpabilidad. Eso, evidentemente, no son cosas que se puedan decir todos los días. Es un poquito *molesto*²⁵ para la gente a la que no le gusta Claudel — para mí, es del mismo orden.

Si se ama, en suma, es porque hay todavía en alguna parte la sombra del que una mujer muy divertida con la que viajábamos por Italia llamaba *Il vecchio con la barba*, el que se ve por doquier entre los primitivos.

Y bien, esta tesis está muy lindamente sostenida en el artículo — el amor es en su fondo necesidad de ser amado por quien podría volverlo a uno culpable. Y justamente, si uno es amado por éste o por aquélla, eso anda mucho mejor.

Esta es una de esas perspectivas analíticas de las que yo diría que son del orden de las verdades de buena ley,²⁶ que son también, na-

esencial que hay de que no olvidemos este lugar justamente indecible en tanto que el sujeto se disuelve en él, que sólo la notación algebraica puede preservar en la fórmula que les doy del fantasma.**

²⁵ {*gênant*} — [dulzón {*nanan*}]

²⁶ *de bon aloi*, como, más adelante, *de mauvais alois*, es una expresión que se traduce como “de buen” o “de mal gusto”, “de buena” o “de mala calidad”, algo que “merece” o “no merece la estima”. Como en seguida lo dirá Lacan, otro de sus sentidos remite a *alliage*, “aleación”, y, por ahí, al título del metal más noble. Aunque nos valemos para traducir este término de nuestra expresión “de buena ley” (incluso “de ley”, como por ejemplo cuando se dice, de un criollo, que “es de

turalmente, de la mala, porque es una ley {*aloi*}, dicho de otro modo una aleación {*alliage*}, y que no está verdaderamente distinguida, que es una verdad clínica. Además, es una verdad, si puedo decir, colapsada {*collabée*}, que aplasta cierta articulación. Si yo quiero que separemos estos dos metales, el amor y la culpabilidad, no es por gusto de la berquinada.²⁷ Es que el interés de nuestros descubrimientos reposa enteramente sobre el hecho de que sin cesar tenemos que vérnoslas en la realidad, como se dice, con los efectos de aplastamiento de lo simbólico en lo real. Es al hacer distinciones que progresamos y que mostramos los resortes eficaces de los que nos ocupamos.

Dicho esto, si la culpabilidad no está siempre, e inmediatamente, interesada en el desencadenamiento de un amor, en el relámpago del enamoramiento, en el flechazo, no es menos cierto que, incluso en las uniones inauguradas bajo unos auspicios tan poéticos, sucede con el tiempo que vengán a centrarse sobre el objeto amado todos los efectos de una censura activa. No es simplemente que alrededor de él se reagrupe todo el sistema de las prohibiciones, sino también que es a él que se viene — función tan constitutiva de la conducta humana — a demandar permiso. Conviene no descuidar de ningún modo, en las formas muy auténticas, de la mejor calidad, de la relación amorosa, la incidencia, no digo del ideal del yo, sino verdaderamente del superyó como tal y en su forma más opaca y más desconcertante.

Por un lado, hay en el artículo de nuestros amigos Jekels y Bergler esta intuición clínica. Por el otro, está la utilización parcial, y verdaderamente brutal, del tipo rinoceronte, de la perspectiva económica que Freud aportó bajo el registro del narcisismo, a saber, la idea de que la ecuación libidinal apunta en último término a la restauración de una integridad primitiva, a la reintegración de todo lo que constituye el objeto de lo que Freud llama, si recuerdo bien, una *Abtrennung*, es decir, de todo lo que la experiencia llevó al sujeto a considerar en un momento como separado de él. Esta noción, teórica, es de las más pre-

ley”) que en este caso se presta a ello, se tendrá presente que *aloi* no remite a *loi*, “ley”, más que por homofonía.

²⁷ Nota de EFBA: “*Berquinade*: Obra escrita especialmente para la juventud y parecida por su contenido y forma, a las obras de Berquin, literato francés del siglo XVIII, cuyos temas se caracterizan por la ingenuidad, la gracia ingenua, lo natural y la dulzura. Familiarmente, se dice de una obra aburrida, sin interés, y desarrollada de una manera insípida y pueril”. — Arnaud Berquin (1747-1791).

carias para ser aplicada en todos los registros y a todos los niveles, y la función que ella juega en el pensamiento de Freud en el momento de la *Introducción al narcisismo*, plantea una cuestión. Se trata de saber si podemos tenerle fe.

Los autores lo dicen en términos claros — pues en esta generación en la que uno no era formado en serie, se sabía hacer el contorno de las aporías de una posición — el investimento de los objetos se sostiene del milagro. Y, en efecto, en una perspectiva así, es un milagro. Si, en el nivel libidinal, el sujeto está verdaderamente constituido de tal manera que su fin y su objetivo sean el satisfacerse con una posición enteramente narcisista — y bien, ¿cómo no consigue, a grandes rasgos y en el conjunto, permanecer en eso? Para decirlo de una vez, si algo puede hacer palpitar, así sea un poco, esta mónada, en el sentido de una reacción, se puede muy bien concebir teóricamente que su fin sea volver a su posición de partida. Se ve difícilmente lo que puede condicionar este enorme rodeo que constituye la estructuración, compleja y rica, con la que nos las vemos en los hechos.

Es precisamente de esto que se trata, y a lo cual los autores se esfuerzan por responder a lo largo del artículo. Ellos se comprometen a este fin, bastante servilmente, debo decir, en las vías abiertas por Freud, que conciernen a lo que sería el resorte de la complejización de la estructura del sujeto, a saber, la entrada en juego del ideal del yo, tema único de lo que yo les desarrollo hoy. Freud indica en efecto, en la *Introducción al narcisismo*, que se trata del artificio por el cual el sujeto mantiene su ideal — digamos, para abreviar, porque es tarde — de omnipotencia. En el texto inaugural de Freud, sobre todo si se lo lee, eso viene, eso pasa, y eso aclara en ese momento ya bastantes cosas para que no le pidamos más al respecto. Pero como el pensamiento de Freud ha corrido un poco a partir de ahí, y ha complejizado un poco seriamente esta primera diferenciación, los autores tienen que hacer frente a la definición distinta de un ideal del yo que estaría hecho para restituir al sujeto los beneficios del amor. Freud explica que el ideal del yo, es lo que, por estar en sí mismo originado en las primeras lesiones del narcisismo, se vuelve domesticado al ser introyectado. Para el superyó, nos damos cuenta de que hay que admitir que allí debe haber otro mecanismo, pues por introyectado que sea, no se vuelve por eso más benéfico.

Me detengo ahí. Lo retomaré. Los autores se ven llevados necesariamente a recurrir a toda una dialéctica de Eros y Thánatos que no es entonces un pequeño asunto. Eso va un poco fuerte, y hasta es bastante lindo. Remítanse a este artículo, que vale lo que cuesta.

3

Antes de dejarlos, quisiera sugerirles algo vivo y divertido, destinado a darles la idea de lo que una introducción más justa a la función del narcisismo permite articular mejor, a propósito del yo ideal y del ideal del yo, y de una manera que confirma toda la práctica analítica desde que estas nociones han sido introducidas.

Yo ideal e ideal del yo tienen, ciertamente, la mayor relación con ciertas exigencias de preservación del narcisismo. Pero hay lugar para tener en cuenta lo que les he propuesto, en la continuación de mi primer abordaje, de una modificación necesaria en la teoría analítica tal como se comprometía en la vía en la que el yo era utilizado como se los mostré hace un momento — es lo que yo les enseño, o enseñaba, bajo el nombre de estadio del espejo. ¿Cuáles son sus consecuencias en lo que concierne a la economía del yo ideal y del ideal del yo, y su relación con la preservación del narcisismo?

Y bien, porque es tarde, se los ilustraré de una manera que, espero, les parecerá divertida. Hace un momento hablé de un automóvil, tratemos de ver a partir de ahí lo que es el yo ideal.

El yo ideal, es el niño bien, al volante de su cochecito *sport*. Con eso, él va a llevarlos de paseo. Se hará el difícil. Ejercitará su sentido del riesgo, lo que no es una mala cosa, su gusto por el *sport*, como se dice, y todo va a consistir en saber qué sentido le da a esta palabra, y si *sport*, no puede ser también el desafío a la regla, no digo solamente del código de la ruta, sino también de la seguridad.

Como quiera que sea, ése es precisamente el registro en el que tendrá que mostrarse, o no mostrarse, y saber cómo conviene mostrarse, más fuerte que los demás, incluso si esto consiste en hacer decir

que allí él exagera un poco. El yo ideal, es eso. No abro aquí más que una puerta lateral, pues lo que tengo que decir, es la relación con el ideal del yo. En efecto, él no deja solito y sin objeto al yo ideal, porque después de todo en tal ocasión, no en todas, si el muchacho se entrega a esos escabrosos ejercicios, es ¿para qué? — para enganchar a una minita.

¿Es tanto por enganchar a una minita como por la forma de enganchar a la minita? El deseo aquí quizá importa menos que la manera de satisfacerlo. Y esto es precisamente aquello en lo cual, y por lo cual, como sabemos, la minita puede ser completamente accesorio, e incluso faltar.

*Para decirlo de una vez, de ese lado, que es aquel donde el yo ideal viene a tomar el lugar en el fantasma, vemos aquí*²⁸ más fácilmente que en otra parte lo que regula la altura de tono de los elementos del fantasma, y que debe haber alguna cosa aquí, entre los dos términos, que deslice, para que uno de los dos pueda tan fácilmente elidirse. Este término que desliza, lo conocemos. No hay necesidad aquí de ponerlo de manifiesto con más comentarios, es el *phi* minúscula {φ}, el falo imaginario. Y de lo que se trata, es precisamente de algo que se pone a prueba.

¿Qué es el ideal del yo? El ideal del yo, que tiene la más estrecha relación con el juego y la función del yo ideal, está verdaderamente constituido por el hecho de que en el punto de partida, si él tiene su cochecito deportivo, es porque es el niño bien, porque es el hijo de papá, y que, para cambiar de registro, si Marie-Chantal, como ustedes saben, se inscribe en el Partido comunista, es para fastidiar al padre.²⁹

²⁸ [Para decirlo de una vez, ese lado, que es aquel donde el yo ideal viene a tomar su lugar en el fantasma. Nosotros vemos aquí] — Nota de DTSE: “Punto más que intempestivo. El texto de Seuil está no establecido”. — JAM/2 corrige: [Para decirlo de una vez, de ese lado, que es aquel donde el yo ideal viene a tomar su lugar en el fantasma, vemos aquí]

²⁹ Nota de EFBA: “*Marie Chantal*: personaje popular de la revista femenina *Elle*, que estaba en contra de todas las instituciones tradicionales, a pesar de pertenecer a la alta sociedad parisina y vivir en uno de los barrios más tradicionales de París (le XVI^{ème})”.

Saber si ella no desconoce en esta función su propia identificación a lo que se trata de obtener fastidiando a su padre, es todavía una puerta lateral que nos guardaremos de empujar. Pero digamos que tanto la una como el otro, Marie-Cantal y el hijo de papá al volante de su cochecito, estarían muy simplemente englobados en el mundo organizado por el padre, si no estuviera justamente el significante *padre*, que permite, si puedo decir, extraerse de allí para imaginarse que se lo fastidia, e incluso para llegar a eso. Es lo que se expresa al decir que él o ella introyecta, dado el caso, la imagen paterna.

¿Esto no es también decir que es el instrumento gracias al cual los dos personajes, masculino y femenino, pueden extroyectarse, ellos, de la situación objetiva? La introyección, es eso, en suma — organizarse subjetivamente de manera que el padre, en efecto, bajo la forma del ideal del yo, no tan malo, sea un significante desde donde la personita, macho o hembra, venga a contemplarse sin demasiadas desventajas al volante de su cochecito, o blandiendo su credencial del Partido Comunista.

En suma, si por este significante introyectado el sujeto cae bajo un juicio que lo reprueba, adquiere por eso la dimensión de lo reprobado, lo que, como todos sabemos, no tiene nada de narcisísticamente tan desventajoso. Pero resulta de ello entonces que no podemos decir tan simplemente, de la función del *Ego ideal*, que ella realiza de manera masiva la coalescencia **de la autoridad benevolente y** de lo que es beneficio narcisista, como si esto fuera pura y simplemente inherente a un sólo efecto en el mismo punto.

Esto es lo que trato de articular para ustedes con mi pequeño esquema de la otra vez, de la ilusión del florero invertido, que no volveré a hacer porque no tengo tiempo, pero que está todavía presente, me imagino, en cierto número de memorias. No es más que desde un punto que se puede ver surgir alrededor de las flores del deseo esta imagen — real, observémoslo — del florero producida por intermedio de la reflexión de un espejo esférico, dicho de otro modo, de la estructura particular del ser humano en tanto que la hipertrofia de su ego parece estar ligada a su prematuración.

La distinción necesaria del lugar donde se produce el beneficio narcisista con el lugar donde el *Ego ideal* funciona nos fuerza a inte-

rrogar de manera diferente la relación del uno y del otro con la función del amor. Esta relación, no se trata de introducirla de manera confusional, y menos que nunca en el nivel donde estamos del análisis de la transferencia.

Déjenme todavía, para terminar, que les hable del caso de una paciente.

Digamos que ella se toma más que algunas libertades con los derechos, si no con los deberes, del lazo conyugal, y que, mi Dios, cuando ella tiene una aventura, sabe llevar sus consecuencias hasta el punto más extremo de lo que cierto límite social, el del respeto requerido por la frente de su marido, le ordena respetar. Digamos que es alguien que sabe admirablemente sostener y desplegar las posiciones de su deseo. Y me gusta más decirles que con el tiempo, ella supo mantener, en el interior de su familia, quiero decir sobre su marido y sobre sus amables retoños, completamente intacto un campo de fuerzas de exigencias estrictamente centrado sobre sus propias necesidades libidinales.

Cuando Freud nos habla en alguna parte, si recuerdo bien, de la *Knödelmoral* — eso quiere decir la moral de los tallarines,³⁰ en lo que concierne a la mujer, a saber, las satisfacciones exigidas — no hay que creer que esto falle siempre. Hay mujeres que lo logran excesivamente bien, salvo que ella de todos modos tiene necesidad de un análisis.

¿Qué es lo que, durante todo un tiempo, yo realizaba para ella? Los autores de este artículo nos darán la respuesta. Yo era su ideal del yo, en tanto que era el punto ideal donde el orden se mantiene, y de una manera tanto más exigida cuanto que es a partir de ahí que todo el desorden es posible. En resumen, no se trataba en esta época de que su analista pasara por un inmoral. Si yo hubiese tenido la torpeza de aprobar tal o cual de sus desbordes, habría que haber visto lo que hu-

³⁰ Nota de DTSE: “Falsa cita. De hecho, Freud cita «la palabra del poeta» (?) según el cual ciertas mujeres no son accesibles más que «a la lógica de la sopa y a los argumentos de las albóndigas» (*für Suppenlogik und Knödelargumenten*)”. — cf. Sigmund FREUD, «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III)» (1915 [1914]), en *Obras Completas*, Volumen 12, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980, p. 170.

biera resultado de ello. Más aún, lo que ella podía entrever de tal o cual atipia de mi propia estructura familiar, o de los principios en los cuales educaba a los que están bajo mi manto, no dejaba de abrir para ella todas las profundidades de un abismo rápidamente vuelto a cerrar.

No crean que sea tan necesario que el analista ofrezca efectivamente, gracias a Dios, todas las imágenes ideales que uno se forma sobre su persona. Simplemente, ella me señalaba en cada ocasión todo aquello de lo cual, concerniéndome, ella no quería saber nada. Lo único verdaderamente importante, es la garantía que ella tenía, pueden creérmelo, de que, en lo concerniente a su propia persona, yo no rezongaría.

¿Qué quiere decir esta exigencia de conformismo moral? Los moralistas de lo corriente tienen, ustedes se lo imaginan, la respuesta — naturalmente que esta persona, para llevar una vida tan colmada, no debía ser de un medio popular. Y por lo tanto, el moralista político les dirá que lo que se trataba de conservar, es sobre todo una cubierta sobre las cuestiones que se pudieran plantear en lo que concierne a las legitimidades del privilegio social, y esto, tanto más cuanto que, como bien piensan ustedes, ella era un poquito progresista.

Y bien, al considerar la verdadera dinámica de las fuerzas, es aquí que el analista tiene su palabrita para decir. Los abismos abiertos, se podía hacer con ellos como lo que sucede para la perfecta conformidad de los ideales y de la realidad del análisis. Pero creo que la cosa que debía ser mantenida en todos los casos al abrigo de todo tema de discusión, es que ella tenía los más lindos pechos de la ciudad.

Lo que, bien piensan ustedes, las vendedoras de corpiños no contradicen jamás.

**establecimiento del texto,
traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**